

CAPÍTULO XXXIII

MUESTRA PILATO AL PUEBLO Á JESÚS AZOTADO
Y CORONADO DE ESPINAS

El Presidente con el deseo que tenia de que se lograra la diligencia de los azotes para sosegar el ánimo de los Judíos y dar por libre á Jesús, se informó por menor de lo que se habia hecho con él; y sabiendo la figura lamentable en que le habian puesto los soldados, le pareció que viéndole en aquella forma los Judíos, no era posible haber en ellos corazones tan de pedernal que no se ablandasen y concibiesen afecto de conmiseracion; y así determinó subirle á su lado á la eminencia de un mirador de su Pretorio, que daba vista á la plaza, y desde allí mostrarle al pueblo azotado y coronado de espinas, y sus carnes apenas cubiertas con el andrajo vil de púrpura como estaba, para que al verle así negociase con el pueblo la piedad que sus palabras no podian.

Entre las galerías y ventanas que tenia el palacio de Pilato á la plaza, habia un lugar majestuoso tan alto que se subia á él por veinte y ocho escalones de mármol y en el plano de arriba daba espacioso lugar á las vistas y al paseo; sustentaban la techumbre de esta pieza varias pilastras de jaspes y columnas de mármoles hermosas. A este lugar mandó Pilato subir á Jesús, y como de la rigurosa noche que habia pasado en casa de Caifás, del camino apresurado al Palacio de Herodes y del diluvio de azotes y termentos que acababa de sufrir, estaba tan sin sangre y sin aliento, que apenas le tuvo para subir aquellas gradas, regándolas con la sangre que de todo su cuerpo destilaba.

Llegó en fin á lo alto temblándole los huesos de flaqueza, acometiendo por momentos á caerse, porque no tenia fuerzas para estar en pié; la respiracion helada y ya difícil, con semblante lamentable y digno de lágrimas y conmiseracion, desgarrado el cuerpo todo, coronado de horribles juncos y zarzas, con una caña vil por cetro en las manos fuertemente atadas, el rostro afeado con los cardenales de las bofetadas y salivas asquerosas, los ojos ya casi quebrados como á punto de espirar, modestísimamente puestos en la tierra, los labios cárdenos y en un sagrado silencio.

Puesto el presidente á una de las columnas principales y Jesús á otra, dijo á los Judíos: «Aquí os traigo aquel hombre que con tanta porfía acusais de malhechor; miradle bien y le vereis rigurosamente azotado, y por esta demostracion entenderéis que no hallo en él causa de muerte, por si la descubriera, como le he mandado azotar, le pusiera luego en una cruz conforme vuestra peticion. Este es el que deponéis que intenta ser Rey de la

Judea. Consideradlo mejor y vereis que ni aun entre los hombres puede ya vivir quien de esta manera ha sido afrentado en tanta publicidad, aun cuande se vea libre, porque entónces huyendo de sí más que de vosotros se irá á pasar la vida entre las fieras en los montes, ó se desterrará á los últimos términos del mundo, y así no tenéis por qué recelaros de que os mande, pues veis que no es posible.» Esto les decia Pilato compasivo y para enternecerlos levantó la púrpura con que estaba cubierto Jesús; quitando aquel ignominioso velo á sus carnes, para que se las viesen desolladas, rotas y sangrientas con el rigor de los azotes.

Pero así como los Pontífices y Magistrados vieron á Jesús, tomando la voz de la plebe que habia quedado confusa y en silencio, levantaron desentonadamente el alarido y con clamores horrendos interpelaban á Pilato: «Crucifícale, Crucifícale.» Asombrado el Presidente de ódio tan pertinaz en Sacerdotes y Pontífices con error de crimen tan enorme, les dijo: «Si vosotros tenéis ánimo de crucificar á este hombre hacedlo allá, que yo no puedo venir en eso; porque no hallo causa en él, no solo para condenarle á la cruz, pero ni para quitarle la vida con otro linaje de muerte de menos ignominia y dolor.»

Reconocieron los Pontífices que en el juicio de Pilato no hacia mucho peso el cargo de que Jesús afectaba el Reino de Judea, pues con claridad les respondia que no hallaba causa para condenarle á muerte, y como gente desesperada intentaron acusarle de nueve de que se introducía Hijo de Dios; artículo que al principio habian despreciado, como los que se ahogan que echan mano de las más débiles ramas por consolar sus esperanzas de vivir. Dijeron pues, altivamente á Pilato: «Si haces reparo de crucificar á este mal hombre, conforme leyes Romanas, porque intentó coronarse Rey de esta provincia, desvaneciendo la gravedad de un delito tan enorme contra el Imperio de los Césares; siendo de Lesa Majestad, á lo menos no puedes escusarte de guardarnos los fueros de nuestra Nacion, que segun nuestras leyes debe morir apedreado, porque se hizo Hijo de Dios, predicando su Divinidad en varios sermones á la plebe, y esta blasfemia no es razon se quede sin castigo.»

Verdad decian en esto los Pontífices, pero no manifestaban entera la verdad, y la verdad disminuida es el más violento trabuco contra la verdad. Porque siempre que Jesús se publicó Hijo de Dios, calificó con milagros su proposicion; y si cuando los Judíos le hicieron cargo de que se introducía Hijo de Dios, contestaran juntamente ante Pilato los muertos que resucitó, los enfermos á quienes dió salud, la multiplicacion de los panes y otras prodigiosas maravillas en que mostró ser dueño de la naturaleza y elementos, no solo no sirviera ese artículo de acusacion, pero de calificada ejecutoria de su Divinidad.

CAPITULO XXXIV

EMPÉÑASE DE NUEVO PILATO EN LIBRAR Á JESÚS

POR donde entendieron los Pontífices rendir al Presidente para que sentenciase á muerte á Jesús le pusieron en nuevo cuidado y mayor empeño de librarle. Porque oyéndole decir que Jesús se publicaba Hijo de Dios entró en consideracion de parecerle era más que hombre y hallaba fundamento para pensarlo, viendo en Jesús tan rara magnanimidad, constancia, silencio y paciencia, pareciéndole no ser posible que virtudes tan singulares se hallasen en grado tan heróico en quien no fuese más que un hombre.

No pudo Pilato siendo Gentil hacer concepto de que Jesús fuese Hijo consustancial del verdadero Dios de la suerte que lo era, pues no tenia luz de la generacion Divina, como tampoco el vulgo de los Judíos la gozaba, de donde les nacia escandalizarse cuando oian á Jesús decir en sus sermones que lo era, juzgando que les introducía un imposible de todo punto quimérico, porque tal sentian era tener Hijo verdadero y natural su Dios. Y así solo se estendió al parecer la imaginacion del Presidente á concebir que Jesús seria Hijo de algun Dios, de la manera que la gentilidad veneraba muchos como á Jacton, Hércules, Eneas, Rómulo, nombre que los Romanos daban tambien á sus Césares, llamándoles aun viviendo Dioses; y comenzó de nuevo á temer condenarle á muerte, pues se ponía á riesgo de ofender al Dios que fuese Padre suyo.

Con este sobresalto se quitó de aquel sublime lugar Pilato, y se entró en su Pretorio llevando consigo á Jesús, y estando solos le preguntó no sin veneracion: «¿De dónde eres?» Hízole Poncio esta pregunta para colegir de su respuesta alguna luz de la filiacion de Dios que le acriminaban los Judíos y ya le comenzaba á espinar el corazon. No le respondió palabra Jesús, porque si bien conocia en él buena intencion de librarle, veía que no se fundaba en aquel linaje de verdad que solo mira al semblante á Dios, antes se divertía á igualarle con los hijos de Dioses que el paganismo ciego celebraba, que era reducirle al número de los Dioses falsos de la gentilidad. Admirado y receloso el Presidente del silencio de Jesús le dijo: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y tambien para envirtirte libre á tu casa?»

Entonces lleno el rostro de Majestad le respondió Jesús: «No tuvieras potestad alguna sobre mí si para esta ocasion no te la hubieran dado de lo alto; porque mi persona nació exenta de tu jurisdicción y del Imperio de los Césares, y superior, espacios muchos, á su Monarquía. No te negaré que tienes poder para

crucificarme, pero en usar de él pecarás gravemente, aunque no tanto como quien me puso en tus manos para que me condenases al infame suplicio de la Cruz, porque si te determinas á sentenciarme á él obrarás con menores circunstancias de malicia y obstinacion en crimen tan enorme, si bien la menor gravedad del delito ajeno no te relevará de lo que pecares condenándome, pues te amaneció tan constante y clara la luz de mi inocencia, y siendo tú Ministro público de justicia, estando ella tan de mi parte debieras defenderla armando esa potestad que blasonas de los escuadrones que ambas, justicia y potestad, te contribuyen.»

Grandemente conmovido y alterado quedó con esta respuesta de Jesús el Presidente, y aunque desde el primer conocimiento de su causa se había inclinado á favorecerle y librarle, y en orden á esto con sinceridad de corazon había hecho no pocas diligencias, pero conociendo ahora con más claridad la inocencia de Jesús, se resolvió á hacer los últimos esfuerzos para librarle del furor de los Judíos, cuya mortal envidia se mostraba en la obstinacion con que le pedían le crucificase sin dar causa ni fundamento para ello. Y así, saliendo al lugar donde les había mostrado á Jesús se lo dió á entender con razones serias, concluyendo que se apartasen de aquella pretension, porque él había de conceder la libertad á Jesús Nazareno, por no haberse probado delito alguno contra él.

CAPITULO XXXV

RENDIDO PILATO Á LAS AMENAZAS DE LOS PONTÍFICES, CONDENA Á MUERTE Á JESÚS

RABIOSOS los Pontífices de ver al Presidente con aquella determinacion y desahuciados de conseguir nada de él por dilaciones judiciales, dejaron las armas de libelos y acusaciones contra Jesús y comenzaron á jugar las de amenazas contra Pilato que sin duda le dolerian más, pues le tocaban en su persona, reproduciendo el artículo de la rebelion de Jesús contra los Emperadores afectando la Corona de Judea, y así con más desahogado entono le dijeron: «Si á este hombre das libertad, claramente muestras que no eres amigo de Tiberio que te puso y conserva en esa dignidad, y que sin duda tienes dañado el corazon con alguna oculta queja ó sentimiento del César por algun disfavor que te haya hecho, porque quien se hace Rey en las provincias sujetas á la Romana Monarquía sin investidura del Emperador, derechamente se opone á su dominio, y en materias tan delicadas los gobernadores que con fidelidad y amor sirven al César no aguardan pruebas tan exactas y jurídicas como las que tú, olvidado de

obligacion tan grande, nos pides, antes al primer rumor de levantamiento hacen demostraciones ejemplares contra los agresores, juzgando que entonces se observan mejor las leyes cuando más se atiende á la seguridad de la Corona, pues no estando esta firme en las sienes del Monarca carecen aquellas de vida y de vigor.»

Horrendo trabuco fué esta amenaza para el corazon del Presidente, porque estando con resolucion de librar á Jesús por tener conocida su inocencia, desde aquel momento acordó mirar por la conservacion de su Estado y atender al buen cobro de su persona y causa, considerándose ya denunciado en el tribunal del Emperador Tiberio, hombre colérico y feroz, y que por ocasiones de menos importancia había depuesto de su dignidad otros Ministros y aun quitádoles la vida con afrenta; y puesto ya en la balanza del peligro que corria su persona con la obligacion de defender la inocencia de Jesús, pesó más la propia comodidad que la justicia ajena, y determinó asegurar su prefectura aunque para ello hubiese de condenar á la inocencia.

Eran ya las once de la mañana, y sentóse Pilato en su tribunal majestuoso y eminente á vista de los Judíos, turbado en lo interior del alma, porque ni podia apartar los ojos de la santidad y vida inculpable de Jesús, ni su temor le consentía divertirlo del riesgo en que se hallaba. Entre irrisiones y verdades, confuso, perplejo y sin saber determinadamente lo que hacía, mostrándoles á Jesús dijo á los Judíos: «¿Veis aquí vuestro Rey?» Clamaron ellos entonces con furiosos ademanes: «Apártate, quítale de nuestra vista y crucifícale.» Replicóles Poncio: «¿A vuestro Rey tengo de crucificar?» Respondieron los Pontífices: «No tenemos otro Rey mas que á Tiberio César, Tiberio es nuestro Rey y los que de su mano nos pusiere.» En esta solemne proclamacion confesaron en el tormento de su envidia los Pontífices y Magistrados de aquella ingrata gente, que ya había nacido entre ellos el Mesías, pues por su mismo testimonio no tenía ya Rey propio la tribu de Judá. Y que era el tiempo en que había de venir Cristo al mundo conforme la profecia de Jacob.

Gravados se hallaban los Judíos con tributos y gavelas que les habían impuesto los Emperadores. Su gobierno llamaban tiranía, á los publicanos detestaban como nefarios y sacrílegos por ocuparse en cobrar las contribuciones de los Césares. Solo Herodes, extranjero de nacion y criatura de Tiberio como lo fué su padre de Octaviano, asistia á las veneraciones y emolumentos de los Emperadores, y ahora no Herodes sino los Pontífices que representaban lo más sagrado de aquella lamentable república, clamaban que no tienen más Rey que al César, desnaturalizándose de Judíos, á quienes daba Dios Rey de su mano, y degenerando á Gentiles, cuyo natural Señor y monarca era Tiberio. Tanto atropella aun las propias comodidades la pasion.

Viendo el Presidente que no aprovechaban ya sus diligencias sino que antes se causaba en la plebe movimiento y falta de respeto á su persona despues que los Judíos apellidaban al César por su Rey, á lo cual no podia él oponerse, cobarde y rendido á

la ambicion de conservarse, cautelando atentísimo no dar ocasion de sospecha á Tiberio; esclavo ya él de los Pontífices que hasta allí habia tratado como Juez y superior, se resolvió en componer de la manera que le aconsejaba su temor, la justicia de Jesús con la instancia que los Pontífices le hacian por su muerte, declarando en aquella publicidad la inocencia del Señor, y al mismo tiempo sentenciándole á muerte de Cruz, obrando el miserable contra su conciencia y reputacion, pues tantas veces en aquel mismo tribunal y sobre el mismo artículo de afectacion á la Corona habia declarado estar sin culpa ni aun sombra de ella Jesús,

Para ejecutar este infcuo y encontrado acuerdo conformándose en esta ceremonia con los Judíos delante de la inmensa multitud que estaba en la plaza, pidió aguamanos y se lavó las suyas en prueba y testimonio solemne de que no tenia parte en la muerte de Jesús, y de que si le condenaba á ella no era porque entendiase la merecia, sino por la razon política y de Estado para poner en sosiego la conmocion popular que veia levantada y por dar satisfaccion de sus procedimientos al Emperador, y así dijo lavándose: «Sabed todos y entended que yo estoy inocente en la sangre de este justo que mando derramar, y que no tengo parte ni culpa en la muerte que le doy. Mirad bien vosotros lo que haceis cuando me obligais á ello, no sea que la sangre de este inocente baje sobre vosotros del Cielo convertida en rayos.» A esto respondieron todos á un clamor: «Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Nada tememos de ella, porque es sangre de un blasfemo y malhechor que no habra llegado á la tierra cuando se la trague y la sepulte en los abismos sin que dé voz con qué clamar contra nosotros á Dios como la de Abel.»

Pilato pues, cansado de la pertinaz protervia de aquel pueblo y queriendo contra las voces que le daba su conciencia satisfacerle, sentándose en su tribunal segun el estilo de los romanos, pronunció contra Jesús esta sentencia: «A Jesús Nazareno, sedicioso y alborotador de su nacion, menospreciador del César y falso Mesías ó Rey de los Judíos, segun está probado con el testimonio de las personas más graves y de mayores puestos en su gente, le llevad al lugar del suplicio donde se castigan los facinerosos y en él con desprecio de la régia Majestad que publicó tener, le crucificad en medio de dos ladrones.»

Este fué el decreto en que Pilato le condenó á muerte de Cruz, porque como ya el motivo era mostrarse servidor del César determinó castigarle como á rebelde afectador de la Corona de Judea, delito á que por las leyes Romanas se debia el suplicio de la Cruz, sin hacer caudal del crimen que le imponia de blasfemo por haber dicho era Hijo de Dios, á que segun la ley de los Hebreos correspondia pena de apedreado, y por esta misma causa de la lisonja del César acrecentó que crucificasen á Jesús entre dos ladrones, cosa que no pidieron los Judíos; pero juzgó le serviria esta afrentosa demostracion que aumentaba su deshonor

para compensar cualquiera omision que pareciese haber tenido en el servicio de Tiberio.

Memorable espectáculo fué el que mostró al mundo en Pilato la ambicion, pues al tiempo que en tan público teatro lavándose las manos protestaba la inocencia de Jesús llamándole sin rebozo el Justo, en ese mismo Consistorio decretaba jurídicamente que los Pontífices y Magistrados de los Judíos habian probado su intencion, y convencido que Jesús era alborotador de sus naturales, menospreciador del César y falso Rey de los Judíos. Pero es horrible torcedor el miedo de perder su dignidad un poderoso y hace poner en olvido y aun sepultar á la razon.

Firmada la sentencia, entregó el Presidente á los Judíos libre á Barrabás, y á Jesús maniatado para que en él ejecutasen su deseo. Debíó en esta ocasion valerse Pilato de una Ley que doce años antes habia promulgado el Emperador Tiberio á quien deseaba contentar. «Que ninguna sentencia de muerte se ejecutase hasta que pasasen diez dias despues de su pronunciacion.» Con esta ley obecida pudiera Poncio aquietar los turbulentos ánimos de los Judíos, oponiéndoles la observancia de los decretos del César, á cuyo respeto y fidelidad le provocaban, pero estaba el miserable naufragando en ardiente borrasca de perplejidades, y no descubria sino escollos ni abrazaba sino horrores.

Estilaban los Romanos cuando mandaban crucificar algun famoso delincuente poner sobre su cabeza en lo alto de la Cruz una tabla en que se escribia el delito porque le habian adjudicado á tan infame suplicio. Habiendo pues, el Presidente mandado crucificar á Jesús, ordenó que se escribiese en una tabla la causa de ponerle en ella, copiada en estas palabras: «Jesús Nazareno Rey de los Judíos.» La cual se escribió en tres lenguas generales, Hebrea, Griega y Latina, para que todas las naciones la leyesen, ó bien atendiendo á la ostentacion de la severidad Romana en castigar aun las presunciones contra el César, ó bien hacer pública en todo el Orbe la alevosa perfidia de aquella gente (que él aborrecia de corazón) en crucificar á su Rey.

Vieron los Pontífices este título y ocurrieron quejosos á Pilato: «Señor, esta inscripcion, le dijeron, se debe reformar, porque tú no condenas á este hombre porque es Rey de los Judíos, que eso fuera agraviarnos, publicándonos á los ojos del mundo traidores contra nuestro Rey y señor natural, sino porque atrevidamente dijo que lo era no siéndolo, y eso se debe espresar precisamente en la tabla.

Pero gobernando Dios la imaginacion de Pilato, aprendió que cuanto decian los Pontífices estaba dicho con mas elegancia en el título que él habia mandado escribir, pues llamar Rey de los Judíos á un ajusticiado en Cruz no podia ser porque lo fuese, sino porque tiránicamente lo afectaba y así les respondió: «Lo que escribí escribí, bien escrito está, lo mismo digo que vosotros aunque mejor, y así no hay necesidad de reformar aquel renglon.» Esperimentóse entonces la Soberana Potencia de la Divinidad de Jesús que burlando los Pontífices cuando cantaban ya victoria y valiéndose de la aprension del mismo Presidente,

afecto antes á Cristo por el dictámen interior de su conciencia, y ahora al César por la dependencia de su conservacion, hizo que el mismo Pilato que le condenaba le hiciese sobrecribir Rey de los Judíos.

CAPÍTULO XXXVI

JUDAS ARROJA LOS DINEROS EN EL TEMPLO, Y DESESPERADO SE AHORCA.



UEGO que el Presidente firmó y mandó publicar la sentencia de muerte en Cruz contra Jesús, despidiéndose de él los Pontífices y Sacerdotes, y dejando ministros fieles que cuidasen de la ejecucion de aquel suplicio, se fueron acelerados el Templo, donde ya les esperaba la obligacion de los sacrificios y holocaustos que se habian de ofrecer á Dios aquel solemne dia, que era el primero de la Pascua del Cordero ó de los ácidos. Mas apenas habian comenzado á entender en tan sagrada ocupacion, cuando con semblante furioso y ánimo turbado entró en el Templo y los interpelló Judas Iscariote diciendo:

«Esta mañana fui á vuestro Concilio á representaros cuán arrepentido estaba de haberos entregado á Jesús Nazareno mi Maestro, por haber pecado en ello gravemente, despeñándome en delito tan torpe mi codicia sin que en él hubiese visto jamás accion que no fuese pura y santa. Llevé á vuestra presencia los treinta reales que me disteis por precio de mi alevosía, con intencion de que el trato que celebramos el miércoles se anulase. No quisisteis admitirlos, antes me repelisteis con despecho, determinados á no perder la ocasion que teniais en las manos, sino llevarla adelante hasta ponerla por orden de Pilato en una cruz.

«Tristísimo salí de vuestro Consistorio, y porque juzgué que si por mi traicion llegaba á morir Jesús, no tenia que esperar mi salvacion, deseé con este nuevo título que no se ejecutase en él este rigor. Y considerando que le llevabais al tribunal de un Juez, aunque Idólatra y Pagano sin envidia ni emulacion, cobré alguna esperanza de la libertad de mi Maestro y por el consiguiente de mi eterna salud. Consolóme verle á los principios por inclinado á librarle; más cuando veo que por vuestras diligencias y amenazas ha sido condenado á muerte, y que ya le llevan al calvario á fijarle en una cruz como á insigne malhechor siendo tan santo, he perdido de todo punto la esperanza de salvarme; y así vengo á daros este último testimonio de la santidad de mi Maestro y arrojar á vuestros ojos los dineros, que tan caro me ha costado; pues por la codicia de ellos pierdo sin recurso el ver á Dios.»

De aquí no pudo pasar envuelto en lágrimas el desdichado, y despidiendo del alma suspiros lamentables, salió del Templo anegado en tristeza y desesperacion, y se fué de la ciudad determinando castigar en sí con algun género de muerte horrible y espantosa el sacrilegio que contra su Dios y Maestro habia cometido. Y viendo en las vecindades y suburbios de Jerusalem un árbol robusto y eminente, le aconsejó el Demonio, principal autor de su tragedia, que se ahorcase de él, y con brevedad pudiese fin á su vida, que lo era de un traidor, y tan infeliz como la suya. No dilató obedecerle Judas, que desde la noche antes experimentaba a Satanás en sí con el absoluto dominio que sobre un esclavo herrado tiene su Señor. Subió pues, á lo alto de la copa, echóse un fuerte nudo al cuello, y de allí se arrojó dando al aire el cuerpo y el alma á los abismos; y dentro de breve espacio con terrible estruendo le reventaron las entrañas en que se habia fraguado tan ingrata iniquidad.

Formidable suceso fué el de este Apóstol infeliz, derrocado en los Infiernos desde la oficina de la virtud y escuela de la Santidad. Allí cayó el miserable donde se levantaban los Publicanos y las mujeres de mas libre vivir. Muchas horas estuvo mascando entre amarguras el arrepentimiento del delito que contra su Maestro habia cometido y no lo pudo digerir á legítima y verdadera contricion. Causábale horror la alevosía por la infamia y otros motivos temporales que le sepultaron en desesperada tristeza el corazón. No dió vista á las razones sobrenaturales que tenia para sentir aquel ingrato sacrilegio; y así no encaminó el sentimiento del alma al desagravio de la Divinidad de Cristo ofendido donde hallara sin duda amorosos brazos de esperanzas firmes de perdon. Aconteció pues, admirándose los siglos que cuando Jesús en un árbol estaba perdonando liberal á un ladrón por justas permisiones suyas, en otro un escogido Apóstol suyo enlazado un cordel al cuello, sintió sobre sí el peso intolerable de sus culpas que le hundió por la eternidad en los abismos.

Los Pontífices, á cuyos piés arrojó los treinta dineros el apóstata discípulo quedaron asombrado del suceso; y aunque cantaban ya el triunfo, les sonó á desgracia el testimonio de la vida inculpable de Jesús que en la raya de la vida y de la muerte, region de la verdad, habia escrito Judas. Pero engañándose á sí mismos solo dieron á entender les picaba el cuidado del empleo que debian hacer de aquella plata, y habiendo tenido consejo sobre el punto acordaron que no se pudiese en el Gazofilacio ó arca donde se recojian las limosas que voluntariamente daban los fieles para reparos del Templo; porque el dinero que se echaba allí, le tenían por sagrado, y no les pareció decente mezclarle con aquellos reales, siendo estos precio de sangre (según creía su perfidia) tan impura como la de Jesús, y determinaron comprar con ellos un campo de un oltero; para enterrar en él á los peregrinos que morian en la ciudad sin tener propia sepultura, y por esta causa aquel campo de allí en adelante se llamó Haceldama, que significa el campo de sangre,

Cumplióse entónces lo que habia profetizado Jeremías cuando dijo: «Recibieron los treinta reales que fué el precio en que me evaluaron los hijos de Israel, y con ellos compraron el campo de un ollero, porque así me lo ordenó el Señor. Esta fué su disposicion acerca de mí. Vine del cielo á la tierra por el bien del hombre, y así decretó Dios que todas mis cosas le fuesen de provecho; no solo mi sangre, sino tambien el precio con que le compraron a Judas los Pontífices, empleándole con direccion del Altísimo en sepultura de los desamparados.»

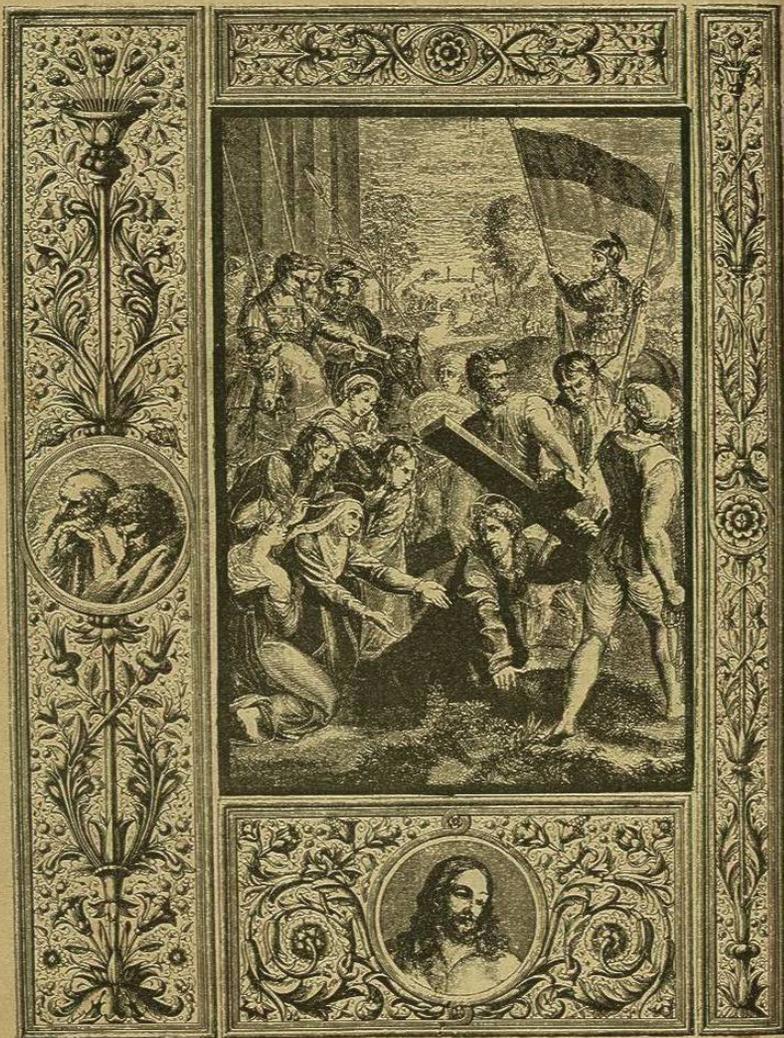
CAPITULO XXXVII

LOS MINISTROS DE PILATO LLEVAN AL CALVARIO A JESÚS

DICTADA por Pilato la sentencia de muerte contra Jesús, el Pontífice Caifás hizo increíbles demostraciones de alegría; y al punto mandó que fuesen pregoneros por todos los barrios y plazas de Jerusalem, publicando con clarines y trompetas que ya el Presidente habia condenado á muerte de Cruz á aquel engañador del pueblo y que ya le llevaban á Gólgota á crucificarle. Los Ministros que por orden del mismo Pontífice, desde aquella mañana se habian encargado de prevenir lo necesario para ejecutar sin tardanza aquel suplicio, en dando Pilato la sentencia trajeron al Pretorio una pesada cruz de quince piés de largo y ocho de ancho; clavos fuertes, sogas, martillos, barrenas, escalas, azadones, esponjas, vino mezclado con mirra y todo lo demás que conforme el uso de los Romanos conducia á la ejecucion de aquel tormento.

Los soldados del Pretorio obedeciendo la voz de su Señor, bajaron á Jesús del lugar eminente donde estaba, cerca del mismo Pilato, y entregándose de él para ejecutar en su persona la sentencia, le hicieron increíbles afrentas y desprecios; y quitándole la ropa de púrpura que le habian puesto como Rey fingido, le vistieron en su antiguo y propio traje para que le conociesen todos, y no pudiese disimularse su ignominia; y en esta forma le sacaron del Pretorio acompañándole un centurion y un tribuno con escuadrones de gente armada, así de infantería como de á caballo, clarines y estruendó militar, á cuyos ecos se convocó toda Jerusalem para que creciesen sus afrentas.

Salió Jesús del Palacio con su Cruz al hombro y de la misma suerte los ladrones, porque era circunstancia inescusable de aquel suplicio, que el delincuente cargase la cruz en que le habian de fijar. Así como dió vista á la plaza, fué extraordinario el regocije que con gritos y ademanes mostraron los Judíos que habian pedido á voces la muerte del Señor; los cuales se determinaron á ir con él hasta el Calvario para mofarle é injuriale en el patíbulo hasta que espirase. No fueron solamente del vulgo



CALLE DE LA AMARGURA

Tip. Aleu.

los que tomaron esta resolución; también se pusieron en camino Escribas y Fariseos, Ancianos y Magistrados del pueblo, magnates y caballeros y otros muchos vocales del Concilio Sanhedrin, que con más calor habían decretado su muerte.

Ya había caminado Jesús fuera de Jerusalem algun trecho con el leño al hombro, dándole priesa los Judíos y Gentiles Ministros de Justicia, cuando le faltaron de todo punto las fuerzas y se arrojó con la Cruz, sin poder dar paso adelante, porque los muchos que había dado desde el jueves al medio día hasta entonces, y la sangre que había derramado, así en la oración del huerto, como en los azotes y corona de espinas y los innumerables golpes que le habían dado los Ministros del Presidente y del Pontífice, le tenían exento el vigor y consumido el aliento natural, y estaba más para morir que para trepar la fragosidad del monte con su Cruz.

Consideraron esto los Ministros, y deseando ponerle con brevedad en el madero, y temiendo no les fuese de estorbo á sus intentos algun mortal desmayo que le sobreviniese, le quitaron la Cruz de los hombros y la pusieron en los de un villano cuyo nombre era Simon, natural de la provincia de Cirene, padre de Alejandro y Rufo, que en aquella sazón venia de su granja á la ciudad: a este obligaron con valentía que cargase el pesado madero, y yendo detras de Jesús y siguiéndole los pasos. No hicieron esto por compasión que le tuviesen, sino por concluir más brevemente con su vida y volverse á sus casas á comer, porque ya era casi medio día.

Mas perseveraba tan crudo el ódio que le tenían los Judíos, en especial los Fariseos y Magistrados, que en pareciéndoles había descansado y cobrado algun aliento Cristo, le ponian de nuevo la Cruz sobre los hombros; pero como no podía llevarla toda en peso, la parte inferior de ella iba arrastrando por las guijas y rajas de peñascos, de que se causaba gravísimo dolor en las heridas; renovándosele las llagas de los azotes y corriendo de ellas sangre con que regaba los pedernales de aquel monte, y como se había de vencer la cuesta del Calvario eran intolerables los dolores, la fatiga mortal y la prisa que le daban sin conmiseración.

Entre la inmensa muchedumbre que había concurrido al espectáculo, no faltaron muchos, que con afecto compasivo acompañaban á Jesús en aquel tormento lleno de ignominias, acordándose del bien que habían recibido de sus manos en la curación de sus enfermos y socorro de otras necesidades; en especial siendo el primer móvil de la condenación de Jesús, la envidia de los Pontífices y Fariseos, cuyo cáncer no había picado del todo en el corazón de la muchedumbre popular. Señaláronse en la piadosa compasión de Jesús las mujeres que con tiernas y bien sentidas lágrimas lamentaban la dolorosa é infame muerte que le veían padecer, mas volviendo á ellas el semblante Jesús agradecido á sus sollozos, si bien con entereza de la Divinidad oculta que le informaba les dijo:

«Hijas de Jerusalem, no hagais esos extremos de dolor y llanto

sobre mí, á quien solo mirais anegado en este mar de penas, sin reconocer más que esta humanidad tan maltratada de mis enemigos; y si solo os gobierna la compasion humana de verme así hollado y afligido, guardad esos lamentos y esas lágrimas para verterlas sobre vosotras y sobre vuestros hijos; porque dentro de algunos años vendrán sobre esta ingrata ciudad dias tan calamitosos y terribles, que digais á gritos: «Bienaventurados los estériles, y dichosos los vientres que no engendraron jamás, y los pechos que nunca dieron de mamar. Tan cruel y espantosamente vereis despedazados y muertos vuestros hijos, depósitos de vuestro amor, que vencido el gusto de tenerlos, deseareis no haber sido nunca madres.

»Vosotras entónces desahuciadas de remedio con el asombro de la jamás vista calamidad, que ya desde hoy se os entra violenta por los muros, dareis desesperados gritos á los montes, pidiéndoles os opriman derribándose sobre vosotras, y á los collados más soberbios que aunque sea dejándoos difuntas os cubran con sus sombras; teniendo esta desdicha por menor que veros en desastres y ruinas tan horribles, porque si en árbol tan verde, tan gallardo y florido, cual soy yo florido y hermozeado de virtudes y gracias, descarga la Divina Justicia golpe tan severo, como veis por sola la apariencia que tengo de pecador; ¿en un tronco seco y estéril, destituido de verdor y flores de obras santas, dispuesto ya para la hoguera por sus enormidades, cuáles rigores ejecutará?»

Entre las piadosas mujeres que lamentaban á Jesús, se señaló una, cuyo nombre era Verónica, la cual con ánimo y valor infundido de los Cielos rompió por el escuadron de los soldados, llegó á donde estaba Jesús rendido á la pesadumbre del madero, sudando por el rostro la sangre que manaba de las heridas de los juncos de que iba trágicamente coronado, y con un delicado lienzo se le enjugó con reverencia y veneracion á su persona; y Jesús en prueba de que le habia sido agradable aquel obsequio y culto de su conocimiento y de su amor le dejó estampado en la toalla su semblante, que despues ha sido religioso memorial de aquella mortal fatiga á la devocion de los fieles.

Pero el espectáculo más memorable que en este doloroso y triste camino aconteció, fué cuando se dieron vista el Hijo y Madre. Acompañaba María á Jesús, asistida de la Magdalena y otras deudas suyas llorando con lágrimas del alma sus dolores; caminando con él á la funesta cumbre del Calvario, para ofrecer en sus rocas por Ara el sacrificio vespertino de Jesús al Padre, por la redencion del mundo, y viéndole arrodillado por la carga del madero en que iban las culpas de los hombres, penetró valerosa las alas militares y se le puso á los ojos. No le hablaron sus labios, porque se levantó con ese oficio el corazon, y conservándose uniformes aquellos milagrosos Espíritus recíprocamente lamentaron sus tormentos y se esforzaron con ánimo mayor á consumir el holocáusto con cuya fragancia se habia de aplacar el Padre Eterno con el mundo.

CAPÍTULO XXXVIII

EN EL CALVARIO CRUCIFICAN LOS SOLDADOS Á JESÚS



ERCA de Jerusalem se levantaba con eminencia moderada un monte llamado Gólgota ó Calvario, porque en él como en público lugar donde ajusticiaban á los facinerosos habia gran número de calaveras. Llamósele antiguamente Moria, porque en su misteriosa cumbre dispuso Abraham sacrificar á su unigénito Isaac, en quien segun la promesa de Dios habian de ser benditas todas las naciones, solemne representacion del sacrificio de Jesús en estas mismas aras, con cuya sangre habian de lograr los hombres la eterna bendicion. Estaba tambien en este Monte sepultado Adán, fuente primera del linaje humano, esperando tan dilatados siglos la consumada absolucion de su delito, que hoy obtuvo con la muerte de Jesús, su Hijo segun la carne y su fiador en el tribunal de la Divina Justicia.

A lo alto de este memorable monte llegaron los soldados y ministros con Jesús, tan fatigado de lo ágrío y peñascoso de la subida que apenas podia respirar lo helado del aliento. Sin tardanza se aprestaron los verdugos á la ejecucion del suplicio, temerosos no espirase antes de ponerle en el infame madero, repartiéndose unos á cavar la fosa donde se habia de fijar la Cruz, otros á hacer en ella los barrenos para los clavos y los demás á prevenir otros espedientes para la crucificacion, instando en estas diligencias con calor y ardimiento los Pontífices y Fariseos, en cuyos corazones brotaban más vivas las llamas del rencor que en los soldados los deseos de obedecer al Presidente.

Mientras en esto se ocupaban dieron á Jesús un vaso de vino preparado con mirra y hiel. Era costumbre entre los Judíos dar á beber á los que habian de crucificar una porcion de vino regalado y vigoroso en que mezclaban mirra, aroma confortativo, para que los miserables tuviesen aliento y fortaleza con que sufrir los cruelísimos dolores de aquel linaje de castigo, acompañando así el rigor de la justicia con la templanza de esta caridad. Pero los Judíos con furor impio mezclaron hiel en el vaso para que con su intolerable amargura no pudiese pasar el vino preparado; y así aconteció, porque gustándole Jesús no le quiso beber y quedando sin aquel reparo del vino noble y aromático licor espuesto á toda la impiedad de los tormentos.

Dispuestas las prevenciones necesarias desnudaron los soldados á Jesús dejándole de todo punto en carnes, circunstancia inevitable de aquella especie de suplicio, sintiendo en esta cruda desnudez Jesús mayor tormento que el morir. Ni pudo María socorrerle aunque lo deseó porque el escuadron militar le tenia cercado y defendido de manera que ninguno pudiese pe-